

¡Eso es cosa de hombres!

«¡Eso es cosa de hombres!» es la frase que más veces había escuchado Luisa a sus 82 años.

Dicharachera, entusiasta y amigable, Luisa decidió vivir su vida a su manera, sin miedos y sin tapujos, despreocupada del qué dirán y comprometida únicamente con su felicidad. Eso sí, una felicidad menguante a medida que escuchaba reiteradamente la frase que todavía retumba en su cabeza y que no le ha permitido ser feliz por completo: «¡Luisa, eso es cosa de hombres!».

Eran las cuatro de la tarde, Luisa sentía nostalgia y añoranza y se sentó en su mecedora. Comenzó a contarle a Pepe la historia de su vida.

—¿Sabes una cosa, Pepe? A mí me hubiese gustado conducir un autobús. ¡De verdad, Pepe! ¡Un autobús, como lo oyes! —expresaba entusiasmada y alegre Luisa.

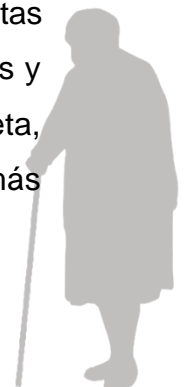
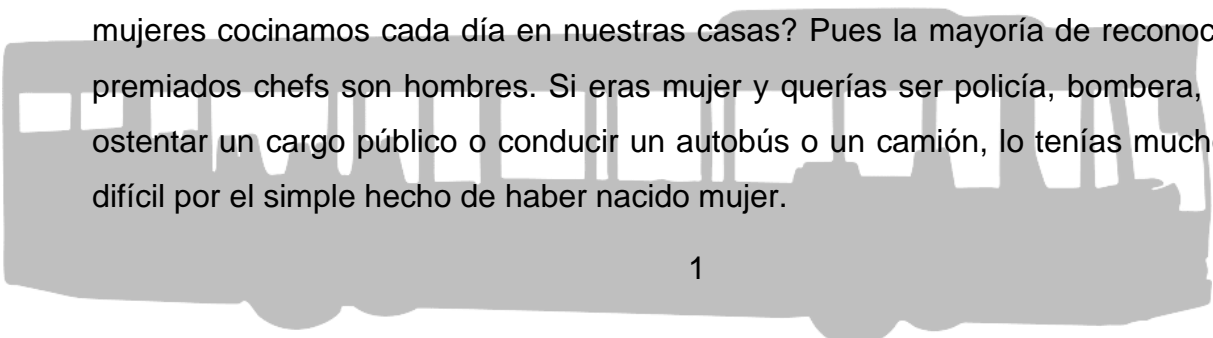
Todos los días Luisa charlaba largo y tendido con Pepe, le contaba cuáles fueron sus aspiraciones en la vida y recordaba con melancolía todos aquellos sueños que no había podido cumplir.

—Mis padres nunca aceptaron el camino que quería tomar, Pepe. Conducir un autobús en una ciudad era cosa de hombres. Yo no podía aspirar a manejar las riendas de tal empresa. Era una mujer —sentenció con el rostro contraído y lívido.

Fue el sueño frustrado de Luisa. Su aspiración siempre fue recorrer Cádiz conduciendo un autobús. Desde niña paseaba por la calle Ancha, la barriada de la Paz o la calle Columela imaginándose con uniforme y gorra de chófer, llevando a gaditanos y gaditanas desde Cortadura hasta la Plaza de España.

—Pepe, es que las mujeres siempre hemos estado en desventaja. ¿Te das cuenta? ¿Qué pasa, que todo es cosa de hombres? —se preguntaba Luisa entre triste y enojada.

—Solo tienes que pensar, Pepe —continuó enérgica y parlanchina Luisa—. ¿Cuántas mujeres cocinamos cada día en nuestras casas? Pues la mayoría de reconocidos y premiados chefs son hombres. Si eras mujer y querías ser policía, bombera, atleta, ostentar un cargo público o conducir un autobús o un camión, lo tenías mucho más difícil por el simple hecho de haber nacido mujer.



Luisa, a sus 82 años, tenía claro que había vivido en un mundo hecho para los hombres. Le angustiaba pensar en todas las injusticias sociales a las que se habían tenido que enfrentar las mujeres. Le entristecía profundamente pensar en todo lo que podría haber conseguido en un mundo menos hostil para ellas.

—Cumplí los 18. No sabes las ganas que tenía, Pepe. Quería ser una mujer independiente. Tenía decisión y no me faltaba ilusión. Reuní a mis padres y se lo dije: ¡Papá, mamá, voy a ser conductora de autobús!

—Tú eres tonta, niña. ¿Cómo vas a conducir tú un autobús, criatura? —contestó el padre de Luisa.

—Luisa, bonita, eso es cosa de hombres. Tú serías un peligro conduciendo un autobús, chiquilla —añadió su madre riéndose e ignorando el deseo de Luisa.

Los padres de Luisa omitieron las palabras de su hija y le dejaron claro cuál era su propósito en la vida.

—Mira, tú búscate un hombre que te quiera, Luisa. Es lo más importante. Y si tú quieres trabajar mientras tanto, olvídate de tonterías y de autobuses. Le diré a tu tía que si puedes trabajar con ella en la tienda del pueblo—aseveró su padre sin dejar opción a réplicas.

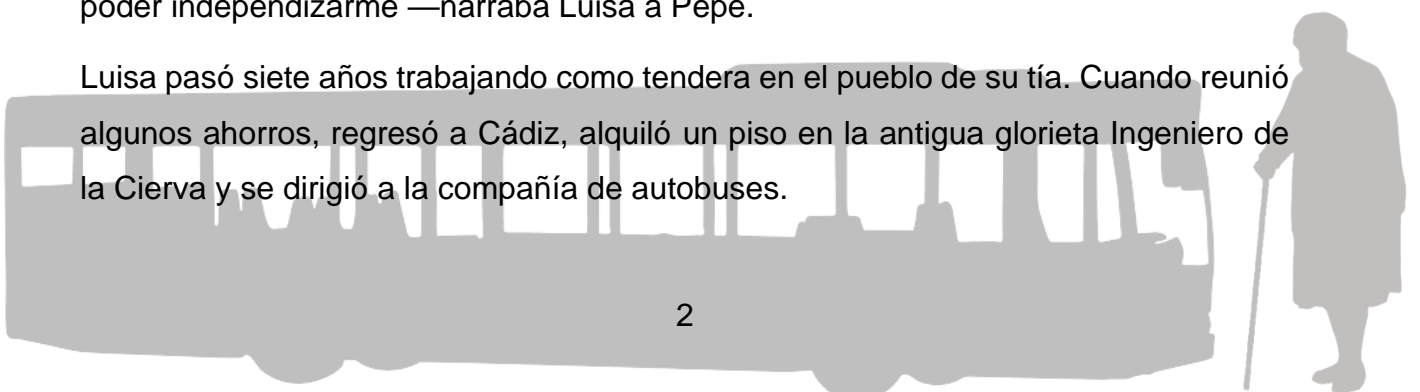
—Luisa, tú debes buscar un empleo de mujer. Qué van a decir por ahí si te ven conduciendo un autobús. Además, cuando seas madre, solo tendrás tiempo para cuidar a los niños y para limpiar tu casa —dijo muy convencida su madre.

—¡Cómo si yo hubiese querido alguna vez ser madre, Pepe! —gritó Luisa convaliente y recordando la infausta tarde de su decimoctavo cumpleaños.

Pepe, tumbado en su cama, parecía que oía atentamente a Luisa.

—Ese día me enfadé y me fui de casa. Regresé al día siguiente y mis padres me tenían preparada una maleta para irme al pueblo a trabajar a la tienda de la tía Maite. Allí pasé unos años, trabajando de algo que no me gustaba para ahorrar dinero y poder independizarme —narraba Luisa a Pepe.

Luisa pasó siete años trabajando como tendera en el pueblo de su tía. Cuando reunió algunos ahorros, regresó a Cádiz, alquiló un piso en la antigua glorieta Ingeniero de la Cierva y se dirigió a la compañía de autobuses.



—Adelante, siéntate —dijo el director de la compañía de autobuses, un hombre serio y con bigote canoso y retorcido.

—Mi nombre es Luisa, tengo 25 años y me gustaría trabajar como chófer en la compañía de autobús —consiguió exponer Luisa a pesar de los nervios que sentía.

—Gracias por tu interés. Pero no hay ningún autobús libre, todos los que están operativos son conducidos por hombres con experiencia y cualificados. Tú eres muy joven y muy guapa para conducir un autobús, ¿no crees? —respondió contundente y con una sonrisa ingenua.

—¿Cómo puedo conseguir acceder a una plaza de chófer? ¡Puedo estudiar y practicar! Tengo algunos ahorritos —dijo entusiasmada y esperanzada Luisa.

—Eso no va a poder ser, mujer. Pero si quieres tengo un puesto de limpiadora en mi oficina. Lo de conducir es más cosa de hombres —concluyó el director de la compañía.

Luisa se marchó y cerró de un portazo la puerta de cristal del despacho. No podía entender por qué no había hueco para ella. Por segunda vez le habían dicho que no, y le habían dicho que no por ser mujer. Luisa tuvo que afrontar la realidad, así que no tuvo más remedio que buscar una alternativa.

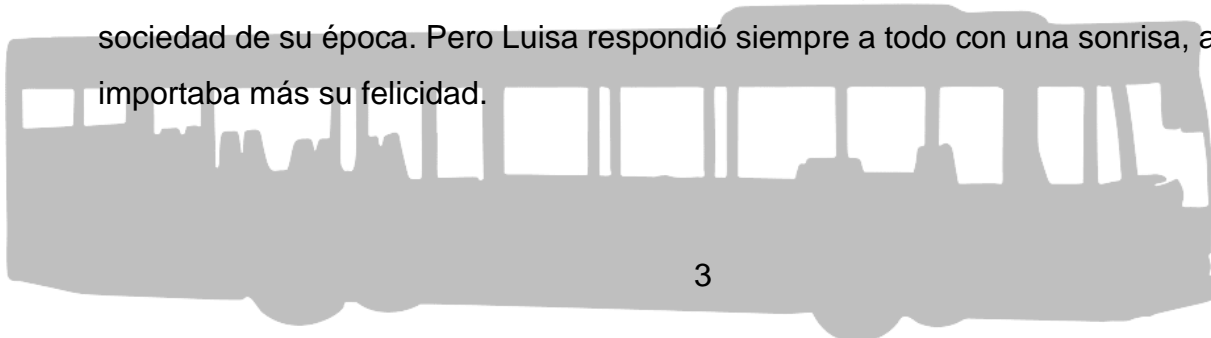
—Monté una floristería cerca del piso, Pepe. Allí trabajé toda mi vida. No me quedó otra, tuve que emprender. Desde entonces todos me conocen en Cádiz como Luisa «la de las flores» —le contaba emocionada a Pepe.

Aunque Luisa fue feliz en la floristería, también se tuvo que enfrentar a preguntas que la incordiaban.

—Todo el mundo me preguntaba lo mismo, Pepe. Que si me iba a quedar solterona, que si se me iba a pasar el arroz para ser madre... ¡Yo he sido feliz sola, Pepe! —exclamó fervorosa Luisa.

Pepe, el galgo que tenía desde hace años Luisa y su fiel compañero, la escuchaba atentamente e incluso respondía con algún ladrido.

Luisa había decidido no ser madre ni tener pareja, algo que no entendió muy bien la sociedad de su época. Pero Luisa respondió siempre a todo con una sonrisa, a ella le importaba más su felicidad.



—Un día cerré la floristería y me fui de nuevo a la compañía de autobuses para pedir trabajo, Pepe. ¿Pero qué le iban a decir a una mujer de 50 años que quería conducir un autobús? Pues que no, por tercera vez, que no. Pero tampoco me quedé con las ganas de intentarlo de nuevo —lamentó Luisa.

Luisa pasó la tarde contándole a Pepe, su galgo, la historia de su vida. Al fin y al cabo, Pepe nunca le dijo eso de «¡Eso es cosa de hombres!», y parecía comprenderla mejor de lo que lo habían hecho muchas personas.

A la mañana siguiente, Luisa se levantó algo más optimista. A su edad se manejaba con soltura y, con una tostada en la mano y el café en la otra, se dirigía a su terracita donde desayunaba cada mañana en compañía de Pepe.

—Perdóname, Pepe. Ayer estaba melancólica y te di la tabarra, bonito —se justificaba Luisa ante su perro —Hoy es jueves y me toca hacer la compra, así que te recompensaré con un hueso de los que te gustan.

Luisa salió del portal para dirigirse a la parada de autobús. No había andado mucho cuando observó que estaban retirando la placa de su calle donde ponía «Glorieta Juan de la Cierva». Preguntó qué ocurría.

—Le han cambiado el nombre, señora. Ahora pasa a ser «Glorieta Ana Orantes»¹ —contestó una mujer con mucho entusiasmo.

Con una sonrisa enorme, Luisa caminó hasta la parada. Ese día, tomó el autobús y se encontró con Manuela, una de las mujeres que conducía un urbano de Cádiz. Manuela conocía la historia de Luisa y siempre la invitaba a pasar al autobús de la misma manera:

—Luisa, pasa a tu bus. ¡Tú me guías! ¿Al mercado de abastos?

—¡Ya lo sabes, Manuela! Como cada jueves.

Luisa no consiguió nunca el sueño de conducir un autobús. Pero, a sus 82 años, estaba descubriendo que, despacio y lentamente, como un autobús, la sociedad estaba viajando hacia un mundo más justo con las mujeres, hacia un mundo más igualitario, hacia un mundo donde todo no es cosa de hombres porque todo es cosa de hombres y de mujeres.

¹ Cambio ocurrido en la realidad. El ayuntamiento de Cádiz cambió recientemente el nombre de la glorieta Juan de la Cierva por el de glorieta Ana Orantes.

